

Ramón: Un bastetano ilustrado

Juan Ríos Carrión

*Universidad Politécnica de Madrid. Facultad Informática. 28660 Boadilla del Monte, Madrid, Tlfno. 91-336-7417, Fax 91-352-4819. E-mail: jríos@fi.upm.es (Recibido Junio 2006; aceptado Diciembre 2006).
Biblid (0214-137X (2005) 21; 243-250)*

Resumen:

Este trabajo es parte del monográfico en homenaje a la obra y figura de Ramón Porras Vallejo con motivo de su jubilación anticipada. Como pedagogo, Ramón es consciente de que aquello que se aprende de diferentes formas, se aprende bien y para siempre, otorgando gran importancia al hecho de aprender pensando por uno mismo y a través de la práctica, más que, como es habitual, oyendo o viendo. Como profesional, se puede resumir que es una persona preocupada por conseguir los objetivos con un gran espíritu de superación ya que el amor por el estudio y la enseñanza fue el nervio de su vida. Como persona, para quien esto escribe, es más interesante si cabe. Es desde esta perspectiva donde se observa su doble condición de racionalista y sentimental. Además, posee la capacidad de escuchar, de tener paciencia y de ser un hombre prudente. Pero sobre todo es honrado, la cualidad más digna en la vida de un hombre. Por eso se le quiere.

Palabras clave: Ramón Porras Vallejo, pedagogo, profesional, persona, amigo.

Summary

This essay is part of the monograph on Ramon Porras Vallejo's course and works, written on the occasion of his early retirement. As a pedagogy expert, Ramon is aware of the fact that what is learnt in different ways is well learnt and will be forever branded on our minds, giving great importance to learning by oneself and through practice more than, as it is normally done, through listening and observing. As a professional, we could sum up by saying that he is a person worried about achieving his aims with a very positive frame of mind since love towards study and teaching has been the thrust of his life. As a person, for the one writing this, he is still more interesting if possible. It is from this particular perspective that we can appreciate his double nature: he is a rationalist and a sentimental at the same time. Furthermore, he has the gifts of listening and of having patience and being careful. But above all, he is an honest person, being this attribute the worthiest recipient of a man's life. That is why we love him.

Key words: Ramon Porras Vallejo, pedagogy expert, professional, person, friend.

Résumé

Ce travail fait partie de la monographie publiée en l'honneur de l'œuvre et de la personne de Ramón Porras Vallejo à l'occasion de sa retraite anticipée. En tant que pédagogue, Ramón est conscient du fait suivant : ce que l'on apprend de différentes manières, on l'apprend bien et pour toujours ; d'autre part, il accorde une grande importance au fait d'apprendre en réfléchissant et à partir de la pratique, plutôt que, comme souvent, en écoutant ou en regardant. En tant que professionnel, nous pouvons dire, de manière résumée, qu'il s'agit d'une personne soucieuse d'atteindre les objectifs et de se surpasser, car l'amour pour la recherche et pour l'enseignement ont été le centre de sa vie. En tant que personne, d'après celui qui écrit ceci, il est plus intéressant encore : c'est à partir de cette perspective que nous pouvons observer sa double condition de rationaliste et de sentimental. De plus, il a la capacité d'écouter, d'avoir de la patience et d'être un homme prudent. Mais par-dessus tout, il est honnête, la qualité la plus digne dans la vie d'un homme. C'est pourquoi nous l'aimons.

Mots-clé: Ramón Porras Vallejo; Pédagogue; Professionnel; Personne ; Ami.

El último jueves de abril recibí una llamada telefónica comunicándome que se iba a dedicar un monográfico en la revista Távira a Ramón Porras con motivo de su jubilación anticipada, y que si podía escribir un artículo en el mismo en calidad de amigo.

Evidentemente acepté no sin cierto temor ante las posibles complicaciones que se iban a derivar de ello, ya que una de mis virtudes no es precisamente la redacción y la elocuencia. Nuestros artículos en revistas técnicas tiene una estructura diferente al cometido en que me veo inmerso.

Yo no soy pedagogo, ni profesor de esa casa. Pero conozco a Ramón desde hace mucho tiempo. Mi contribución se debe, pues, a la amistad: Una amistad iniciada en la adolescencia, reiterada y reafirmada más tarde en inviernos y veranos bastetanos, alargada en Madrid y conectada a través de los múltiples amigos comunes compartidos.

He aceptado, pues, intervenir en este homenaje de la obra y la figura de Ramón Porras Vallejo por amistad, y al hecho, nada frecuente, de habernos sabido profesar, a lo largo de nuestros diferentes itinerarios personales, afecto y respecto nunca desmentidos. Pero no sé muy bien que decir que sea distinto a lo que sus amigos de Claustro y compañeros de profesión y oficio han escrito de él como maestro y pedagogo, como universitario y como persona.

1) Hablar de un pedagogo no es tarea fácil, ni mucho menos, pero hablar de un pedagogo, habiendo sido maestro y siendo profesor, es casi misión imposible. Pero uno, seguidor de Göthe, quien amaba al que aspiraba a lo imposible, va a intentarlo.

Empezando por el principio, lo primero que hay que decir es que la propia palabra “pedagogía”, del griego Παιδαγωγία que etimológicamente quiere decir, poco más o menos, conductor de niños, no significa hoy lo que significaba en la época de la Grecia clásica. Y no es una cuestión de polisemia, sino de formas. En efecto, el pedagogo griego conducía a los niños hacia la escuela, pero los llevaba arreados, a veces a palos, como una reata. Tal manera de ejercer la pedagogía, era debido, también como sucede actualmente en muchos casos, a que los niños no querían ir a la escuela. Naturalmente, porque en la mayoría de las ocasiones se aburrían mortalmente y, además, los métodos pedagógicos eran absolutamente contundentes: “palo y tente tieso”. Por cierto, que estos procedimientos continuaron, como quien dice, hasta ayer mismo, como lo demuestran los dos proverbios resumen de la pedagogía de “toda la vida”: “La letra con sangre entra” y “Quien bien te quiere te hará llorar”.

Evidentemente, hoy las cosas han cambiado para mejor. Ya no se lleva a los aprendices “arreados” a los centros de formación, ni se les aplica el método directo de introducirle en su “cacumen” directamente los conocimientos por el expeditivo procedimiento de abrísela antes de un estacazo. Sin embargo, la pedagogía está aún lejos, como disciplina, de ser una ciencia. Por ello, cada cual, o cada cuala, presenta, como Dios le da a entender, la colección de conocimientos que deben adquirir los aprendices. Si algunos, como es el caso de Ramón, se preocuparon desde siempre de tomarse ese asunto convenientemente, otros sucumben a los efectos que marcan peligrosa y, a veces, irremediamente el porvenir de los alumnos. De hecho, si ciertas cuestiones aparecen como muy difíciles, cuando en realidad se trata de cosas admirablemente sencillas, es casi siempre debido a carencias pedagógicas. Estas carencias se sustentan, por una parte, en faltas y limitaciones del “profesor”, que ha adquirido malos hábitos de enseñanza; y, por otra parte, a la elección, para sus explicaciones, de caminos que ellos

mismos encuentran intransitables sin encontrar otras formas de explicación igualmente rigurosas, pero más sencillas y, o, amenas; esto es, más eficientes.

Naturalmente, este no es el caso de mi paisano, colega y, sin embargo, amigo, Ramón. Él, como el flautista de Hammelin, con su armoniosa pedagogía, arrastra a sus alumnos tras de sí en la sinpar aventura del aprendizaje. Para ello, tenía, a falta de teoría científica pedagógica, unos cuantos principios que se resumen a continuación. En primer lugar, igual que Einstein, quien a su vez seguía Schopenhauer, no mostraba excesivo entusiasmo por aprender de los libros y ensalzaba la importancia de aprender, pensando, por uno mismo. En efecto, nadie aprende por los demás, por eso lo pedagógicamente correcto es enseñar a los demás a aprender. Si se es permitido el “palabro” lo que enseñaba Ramón a sus aprendices, era deuteroprendizaje; es decir, aprender a aprender.

En segundo término, él siempre fue partidario de aprender haciendo, más que, como es habitual, oyendo o viendo. De hecho, conocía muy bien y aplicaba la máxima de la sabiduría china que dice: *Oigo, olvido; veo, recuerdo; hago y aprendo*. Y a esto unía, por evitar el aburrimiento y, sobre todo, el adocenamiento, la recomendación, que daba Rudyard Kipling¹ en su autobiográfico libro “Algo sobre mi mismo”: *En cuanto veas que sabes hacer algo, haz algo que no sepas*.

En tercer lugar, Ramón es Socrático hasta la médula; es decir, practicó siempre la mayéutica; o sea, el arte de alumbrar los espíritus. Método que, mediante el diálogo y la discusión, permite que los aprendices puedan descubrir la verdad por sí mismos. Además, era tan sutil, pedagógicamente hablando, que, las ideas propias que sus aprendices tenían o adquirirían, les hacía ver que podían ser fructíferas; esto es, creativas ó lucíferas, o lo que es lo mismo, las que aclaran cosas ya conocidas.

En cuarto lugar, Ramón es el prototipo de lo que denomina “caridad epistemológica”, norma que se aplica al presuponer a los demás las mismas capacidades que a uno mismo. Dicho con palabras del mariscal Radetzky², generalísimo austriaco al que Strauss le dedicó la conocidísima marcha con la que finaliza el concierto de Primero de Año de la Filarmónica de Viena, Ramón no considera a los demás, por más estúpido de lo que él se tiene. Lo que dado sus conocimientos e inteligencia es mucha caridad de Dios. Pero es que, simultáneamente, él sabe que muchas materias no son fáciles en absoluto, y ahí es donde reside su habilidad, las facilita para que no resulten, ahora que se persigue a los fumadores, infumables. Ramón sabe muy bien, como orientador que fue, que sólo aprenden quienes aúnan: Modestia para reconocer la propia ignorancia. Discernimiento para descubrir la sabiduría ajena. Entusiasmo, para seguir su magisterio. Y, Perseverancia para no desviarse del camino. Estas cuatro cualidades las posee Ramón en grado eminente y las trasmitió a sus discípulos por la mejor vía pedagógica posible: la del ejemplo.

Ramón sabía que, como decía el premio Nobel de Física Richard Philips Feynman³, no hay aprendizaje sin plantear una pregunta: Él sabe muy bien que, como lo indicó Alfred

¹ Escritor británico. Premio Nobel de Literatura 1907.

² Militar austriaco. Comandante en Jefe de las Tropas de ocupación en Italia.

³ Físico norteamericano. Premio Nobel de Física 1965.

Tennyson⁴: existe más fe en una duda honrada que en el cincuenta por ciento de las creencias. Por eso, Ramón hacía uso constante de lo que Rudyard Kipling, con precisión y certeza, denominó, en sus inmorales versos titulados “The Elephant Child”, los seis honrados servidores del hombre; a saber: Qué, Quién, Cuándo, Dónde, Cómo y, Por y Para qué. Esto hacía de su pedagogía, de la de Ramón por supuesto, una empresa productiva.

Como, además, era consciente de que cada persona tenía su propio horizonte de aprendizaje, esto es, amplitud de miras en el tiempo y el espacio dentro del cual el aprendizaje es especial, procuraba personalizar al máximo sus enseñanzas, por el práctico procedimiento de hablar individualmente con sus aprendices.

Finalmente, Ramón, vía experiencia, era consciente de que todo aprendiz tiende a crear, si no se le dan, sus propios modelos mentales y que éstos, una vez tomada posesión de la mente, son, prácticamente, imposibles de cambiar, de ahí la inercia intelectual para aceptar lo innovador. El caso de “El Traje nuevo del Emperador”, tomado de “El Conde de Lucanor”, es significativo al respecto. Normalmente, este cuento se emplea para mostrar la fatuidad de la gente, lo que es cierto y adecuado, pero lo que de verdad muestra palmariamente es cómo los modelos mentales de las personas, sean correctos y, o, verdaderos, o no, aprisionan la mentes de modo que impiden cualquier cambio intelectual. Max Planck⁵ expuso esto de forma contundente cuando, refiriéndose a las teorías, los modelos mentales más sofisticados, dijo: *Las nuevas teorías no acaban imponiéndose porque sus enemigos se convengan de sus bondades, sino por la desaparición de sus adversarios.*

Ramón, como formador de formadores, era consciente de que aquello que se aprende de diferentes formas, se aprende, como decía Maxwell⁶, bien y para siempre. Por eso el repetía las cosas pero de distinta manera. Por usar un palabra griego “metanoia”, es decir, desde diferentes perspectivas. Al tiempo, y en una aptitud modesta encomiable, era lo suficientemente honrado para saber que cuando un aprendiz hace preguntas ingenuas, no más que a la sexta los verdaderos maestros acaban por contestar: no sé. Si hubiera que resumir el aspecto profesional de Ramón, uno no dudaría en hacerlo diciendo que es un auténtico nAch, acrónimo de “need for Achievement”, “Achievement”, como es sabido, significa “hacer algo bien” o “hacer mejor”. “NAch” entonces podría definirse como la intensidad de la preocupación de una persona por conseguir la realización de algo, o, mejor aún, como el espíritu de superación, que Ramón tenía para dar y tomar. Este, en una pocas pinceladas es el Ramón pedagogo.

2) El amor por el estudio y la enseñanza fue el nervio de su vida. Tanto en un ámbito como en otro hizo buena la máxima de Montaigne de que es mejor una mente bien ordenada que otra muy llena. Más que acumular saber para él era mucho más importante disponer de una aptitud general para plantear y tratar los problemas y su solución. Nunca le he visto sucumbir a la tentación de querer saberlo todo -y como decía Rene Daumal- *sin comprender nada*⁷.

⁴ Poeta británico. “Poemas principalmente líricos.

⁵ Físico alemán. Premio Nobel de Física en 1918.

⁶ Físico escocés. Teoría electromagnética de la luz.

⁷ Cita del catedrático Luis Fernández en “In Memoriam Rafael García Villaverde”. Servicio de publicaciones UCM. 2003.

Ramón es un frío analista. Esto es una virtud técnica o, por decirlo de otra manera, un atributo profesional de su condición de investigador. Lo que ya no es tan frecuente es que en sus trabajos, artículos o comunicaciones en congresos la precisión, incluso la brillantez, coexisten con un tono recurrente de humildad. Quedan siempre claras las deudas contraídas con sus maestros.

No es mi propósito, ni soy yo quien, para glosar su obra científica y hacer valoración alguna de sus numerosas contribuciones a la pedagogía. Creo no obstante preciso subrayar que he visto su obra, no como un conjunto de edificios, sino como una red de caminos urbanos. Una obra transitable más que habitable, una obra en suma que, más que a estar, invita a caminar para, siguiendo a Machado, hacer nuevos caminos, a descubrir nuevos horizontes. Y lo hace siempre desde la claridad y el rigor como forma de aseo intelectual. De él se podría predicar con justicia esa insobornable pasión por la claridad que, en palabras de Goethe, nos hace acreedores al linaje de quienes *de lo oscuro hacia lo claro aspiran*.

Zubiri observaba que si pudiéramos pedir al animal cuenta de su vida, nos respondería indicando sus actos, mientras que tal contestación es insuficiente en el hombre, que debe justificar la vida que con ellos trazó, pues el más elemental acto humano nunca es una reacción a un estímulo sino la “realización de un proyecto”⁸. Ramón proyectó su vida movido por la vocación de promover una educación en y para la diversidad acorde con sus ideas y plasmada en los artículos y libros que ha escrito al respecto. En el prólogo a su libro “Una escuela para la integración educativa” el profesor López Melero puntualiza que: *“en el reconocimiento de cómo son las personas y no cómo nos gustaría que fueran consiste la dignidad humana”* o este otro párrafo *“construcción de cultura que acepte, conozca, comprenda y respete a cada ser humano como es y no como nos gustaría que fuera”* a lo que yo añadiría que son los principios en los que se basa la actuación cotidiana del propio Ramón.

Ramón abandona la docencia tras largos años de continua lucha por hacer más fructífera su vocación de educar, empeñándose sin tregua en nuevos proyectos, dirigidos a sus alumnos para que estén en condiciones de encontrar, por ellos mismos, el camino que les lleve a alcanzar su auténtica plenitud. Abandona la Universidad en plena madurez. A los 61 años. Cuando la experiencia se añade al estudio y produce el Saber. Cuando más se hubieran podido destacar sus virtudes. La Universidad pierde un gran profesor, que le dedicó una devoción seguida sin desmayo. No fue un profesor más de los que abundan sino un universitario completo de los que abundan menos. Y conviene decirlo. Conviene que se sepa. Sin embargo, un intelectual no tiene por qué dejar nunca su tarea.

Estos trazos, fragmentarios y necesariamente incompletos, del profesor universitario, no pueden dejar en la sombra otros valores más importantes. Sus valores como persona, la faceta humana de un hombre que se desvivió con sus numerosos discípulos, amigo de sus amigos, disponible, asequible, cercano, cordial. Con la sencilla autenticidad de quien posee profundas convicciones y un lenguaje conciso ajeno a la obsesión tan frecuente del erudito, que más que para los demás escribe, sobre todo, para gustarse a él mismo. Este es el Ramón universitario. Pero hay otro Ramón más interesante si cabe y, desde luego para quien esto escribe más entrañable, el Ramón persona.

⁸ Cita de J. A. Ibáñez-Martín en “García Hoz y la vocación de educar”. Revista Española de Pedagogía. Año LVII, nº 212. 1999.

3) Se ha editado este monográfico, para recordar y homenajear a Ramón. Cuando intentamos recordar, removiendo la memoria como en un pantano tranquilo, las aguas del pasado nos devuelven primero los hechos en bruto; después algunas sensaciones dormidas; y, finalmente, las emociones. Con todo ello reconstruimos la figura del amigo en todos sus componentes, como hacen los arqueólogos. Seguiré la reconstrucción alternando hechos con sensaciones y expresaré mi recuerdo.

A Ramón lo apreciamos muchos y lo apreciamos mucho. Entre sus muchos méritos creo que éste es el mayor de todos: el más imprescindible, el más impagable y el más raro. Ramón se hace estimar mucho y por muchos en tiempos que no dejan espacio suficiente para el cultivo de los afectos. Por debajo de su discreción, de su continencia expresiva, de su aparente timidez, palpita un corazón muy grande que casi siempre acaba por imponerse a los cálculos de su razón y a las razones de su cerebro. Un filósofo podría resumir ésta doble condición suya de racionalista y sentimental con esta fórmula: Inteligencia sintiente, que es la única manera que tiene la inteligencia de ir más allá de sí misma e integrar la realidad emocional en los análisis.

Han pasado varias décadas desde que aquel niño, siguiendo la tradición bastetana, arrojaba, desde el balcón en casa de su abuela, desperdicios de sandía a cascamorras en la tarde del 6 de septiembre, comienzo de las fiestas patronales; o de aquel otro que diariamente se aislaba con la lectura en casa de su tío Juan; e incluso del adolescente que vivía en la Plaza de San Francisco encima de la Notaría. Toda una vida.

Estudió bachiller laboral en Baza y Magisterio en Almería, y aunque yo seguí otros derroteros, nuestra común vinculación a Baza hizo que nos siguiéramos viendo en vacaciones: en verano, en Navidad, en Semana Santa.

No se concibe el resuelto compromiso de Ramón con una vida de trabajo serio y sacrificio sin tener presente la influencia que la figura de su madre (su padre murió siendo muy niño) ejerció sobre él. El desvelo e ilusión con que Maruja seguía su formación en la esperanza de que llegase a ser un hombre, como entonces se pensaba: hombre de bien y de cultura, hombre de peso y de prestigio. Una esperanza por cierto nunca defraudada.

Las muchas horas dedicadas al estudio y a la docencia no menguaron, ni entonces ni en los años posteriores, la inclinación que Ramón siempre mostró por la naturaleza, sus aficiones por la música y su permanente curiosidad de lector inquieto, que le llevaba con frecuencia regular a descubrir nuevos títulos, el reencuentro con la literatura española en el exilio y la búsqueda del pensamiento cultural europeo de aquellos años.

Con el tiempo nuestra relación se hizo más fuerte. Procedente de Valencia recaló en Madrid, como estudiante de pedagogía. Compartimos piso y amigos unos años. Fueron momentos enhebrando charlas interminables dentro del carácter un poco introvertido, tranquilo y sosegado de un Ramón, que transmitía prudencia y cordura no exenta de cierta ironía. También, todo hay que decirlo, momentos alocados en cualquier faceta.

Se casó y comenzó un itinerario iniciático, para poder compatibilizar profesiones, como garantía de solidez de un futuro: Madrid, Alicante, Puerto de Sta María, Sanlúcar y por fin Chiclana. Aunque yo seguí en Madrid, continuamos viéndonos asiduamente año tras año. Lugares y momentos viendo crecer a sus hijos Lucía, Jaime y Jorge. Compartiendo momentos inolvidables y otros no tanto. En definitiva viviendo.

Ramón es un hombre modesto. La modestia de Ramón es consecuencia de su profundo humanismo, y de su análisis crítico de los grandes errores repetidos constantemente por la humanidad. Señalaba Alfonso Querajezu, en su epistolario espiritual con Joaquín Garrigues, que hay hombres que sólo son superficie, sin raíces propias, “hombres musgo”, como él decía. Otros por el contrario son transparentes y parecen nacer enteros desde dentro⁹.

Ramón, como seguidor a ultranza de la conclusión a que llego Julián en el cuento “La Casa Maldita” de Ramón y Cajal¹⁰: “Sólo hay en el mundo dos realidades serias, trascendentes, dignas de preocupar a los espíritus fuertes: luchar para vivir y vivir para amar”, hace que el coraje que se acredita frente a la adversidad sea la verdadera aristocracia del hombre y que el amor en su sentido más amplio, que también físico, el paraíso terrenal.

Ramón posee la capacidad de escuchar, de entender otras razones, y de practicar la equidad. Además de la paciencia. La paciencia no abunda, por eso quien la posee tiene un atributo de excepcionalidad. Además es un hombre prudente. Pero ni siquiera la prudencia es la mayor de las virtudes. Lo más digno que se puede ser en la vida es ser un hombre honrado, y no es sólo el cariño, sino la justicia, lo que me induce a decir que he conocido pocas personas tan honradas como él.

La dignidad proviene del perfecto acomodo entre la persona y el mundo. La dignidad no es accidental, sino sustancial. Lo sustancial de Ramón es el ser un hombre de bien y por ello es querido por muchos hombres de bien. Un hombre bueno que queremos cuantos tenemos el privilegio de estar cerca de su quehacer humano.

Ramón es un hombre ilustrado. Ser ilustrado significa también ser humilde. Aunque algunos humildes son sólo buenas personas, Ramón además es ilustrado. Es decir, es capaz de escuchar, o de leer, en el aire el diálogo que tienen las ideas.

Para los demás mortales
los aires llevan mentiras
y quien diga que no miente
que diga que no respira

dice el cantar popular.

Para los hombres ilustrados los aires llevan diálogo de ideas.

Gracias, Ramón, no cambies y que los hados te sean propicios en éste nuevo trayecto de tu sorprendente viaje.

Madrid Junio 2006

⁹ Cita de Luis Martín en “In Memoriam de Rafael García Villaverde”. Servicio de Publicaciones UCM. 2003

¹⁰ Medico español. Premio Nobel de Medicina en 1906. “Obras Literarias Completas” Editorial Aguilar. 1961.